

# Confesión



**ROB HALFORD**

CON IAN GITTINS

Traducción: Óscar Palmer Yáñez  
con Iñigo García Ureta



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*Confess*  
Headline Publishing Group  
An Hachette UK Company  
Londres, 2020

Es POP ENSAYO Nº 27  
1ª EDICIÓN: SEPTIEMBRE 2021

Published by arrangement with Headline Publishing Group Ltd.  
Copyright © 2020 Rob Halford  
© 2021 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2021 de esta edición: Es Pop Ediciones  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Portadilla: Rob Halford en 2020 © Larry Rostant.  
A menos que se indique lo contrario, todas las  
fotografías son cortesía de Sue Halford.

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-17645-15-1  
Depósito legal: M-14781-2021

# Índice

<i>Introducción: ¡Me asfixio!</i>	9
1. Apresúrate, bonita barca	13
2. Echándoles una mano a los colegas	27
3. Seis vinos de cebada y un nitrazepam	46
4. El sacerdocio de Judas	65
5. ¡Ni un mísero billete de cinco!	81
6. Superman con abrigo de piel	107
7. Shirley Bassey en cueros	122
8. El latiguillo de Marie Osmond	136
9. Estos ojos que han visto el agujero de la gloria	153
10. Para cuando llegue a Phoenix...	171
11. Me encantan los hombres de uniforme	180
12. Culos de mal asiento	194
13. Ahora sí que sí. ¡Esto es amor!	211
14. En la corte del rey de Filadelfia	227
15. El olor a cordita	248

16.	Quien no arriesga no gana	265
17.	«¡Le-le-le pedí un pipermin!»	282
18.	En boca cerrada no entran moscas	305
19.	Llamando a la puerta de Sharon Tate	325
20.	La reina y yo	349
21.	La inocentada que no fue tal	371
22.	El fuego y el poder del heavy metal	383
	Epílogo: ¡Cantaré a grito pelado por toda la eternidad!	399
	<i>Bendiciones del metal</i>	409
	<i>Créditos de las canciones</i>	411
	<i>Créditos fotográficos</i>	412
	<i>Índice onomástico</i>	413

# Introducción

## ¡ME ASFIXIO!

**Son las ocho y media de la mañana** de un día laborable a principios de los años sesenta. Es hora de ir al cole. Me despido de mi madre con un «¡ta-rál!» y salgo de casa. Giro a la izquierda, camino hasta el final de nuestra calle y doblo otra vez a la izquierda para salir a Darwen Road. Camino un poco más, giro a la derecha, respiro hondo... y cruzo el canal.

A orillas del canal —o el *cut*, que es como lo llamamos en Walsall— se alzaba una gigantesca fundición llamada G. & R. Thomas Ltd. Justo el tipo de fábrica infernal que le valió su apodo al Black Country durante la revolución industrial: un estruendoso, maloliente y humeante pozo del averno en el que trabajaban la mayoría de los vecinos de Walsall.

Como apagar unos altos hornos y volver a encenderlos cuesta demasiado tiempo y dinero, la fábrica siempre estaba en funcionamiento. Colmó mi niñez de ruido y hedor, veinticuatro horas al día, todos los días de la semana. La cantidad de mugre y veneno que generaba era simplemente increíble.

Metalúrgicas como la G. & R. Thomas Ltd. moldearon y definieron mi entorno y mi forma de vida. En casa, mi madre tendía las sábanas blancas para más tarde recogerlas cenicientas, llenas de hollín. En la escuela, cuando escribía, notaba el pupitre vibrar bajo mi lápiz al ritmo de la gigantesca prensa de vapor de la fábrica, al otro lado de la carretera.

¡TOLÓN! ¡TOLÓN! ¡TOLÓN!

En ocasiones, de camino al cole, veía las siluetas de los trabajadores de la G. & R. Thomas volcando sobre el arenero el caldero gigante del horno. Las coladas de metal fundido fluían como la lava y se solidificaban al instante, formando gigantescas placas de arrabio, cuyo nombre en inglés —*pig iron*— parecía resumir la fealdad de todo el entorno.

Pasar por delante de los altos hornos de camino al cole era una prueba de resistencia a la que no siempre estaba seguro de sobrevivir. Los vapores asfixiantes que emanaban de la fábrica y se propagaban por el canal eran increíblemente tóxicos. Si el viento te venía de cara —lo cual siempre parecía ser el caso—, finas partículas de arena en suspensión se te metían en los ojos y no había quien se las quitara en días. Aquello dolía de veras.

*Siempre he dicho que pude oler y saborear el metal pesado mucho antes de que se inventara el heavy metal.*

De modo que tomaba aire, asía con fuerza mi cartera y cruzaba el puente a todo correr. En los peores días, cuando el *smog* y la contaminación eran tan espesos que casi podían cortarse con un cuchillo, sentía que me atenazaba el pánico. Algo en mi interior se rebelaba contra aquella prueba de resistencia.

*¡Me asfixio! ¡No puedo respirar!*

Para ser sincero, nunca llegué a ahogarme del todo. Entre toses y balbuceos me las apañaba para seguir respirando y llegar al otro lado. Y cada tarde, de vuelta a casa, más de lo mismo. Pero uno acaba acostumbrándose a todo. A fin de cuentas, en el Black Country aquello era el pan nuestro de cada día.

En mi vida han sido muchas las ocasiones en que he sentido que me *asfixiaba*. Durante años, años claustrofóbicos y angustiosos, viví con la sensación de estar atrapado: era el cantante de una de las mayores bandas de heavy metal del mundo y sin embargo estaba demasiado asustado para admitir ante ese mismo mundo que era gay. Solía quedarme despierto toda la noche, hecho un manojito de nervios, preguntándome:

*¿Qué pasaría si saliera del armario?*

*¿Perderemos a todos nuestros fans?*

*¿Acabará esto con Judas Priest?*

Ese miedo y esa angustia me condujeron a lugares muy tenebrosos. Me asfixiaba, hundido en la cloaca del alcoholismo y la adicción. Me sentía como la bola de una máquina de petacos, saliendo despedido de una relación condenada hacia la siguiente, con hombres que ni siquiera compartían mi sexualidad. Lo más duro fue el día que un amante problemático me abrazó para despedirse... minutos antes de ponerse una pistola en la sien. Después apreté el gatillo.

Si no te andas con ojo, *eso* es lo que te espera cuando continuamente sientes que no puedes respirar. Mi historia bien podría haber acabado igual. Y no sólo a causa de mi estilo de vida autodestructivo. También yo intenté matarme. Sin embargo, sobreviví. Alcancé la otra orilla. Respiré hondo, atravesé corriendo el puente y crucé el canal.

Ahora vivo sobrio, enamorado, feliz... y sin miedo. Llevo la sinceridad por bandera y eso significa que nada ni nadie puede hacerme daño. Soy una versión roquera de un antiguo ídolo mío al que admiraba en secreto: Quentin Crisp (que aparecerá más tarde en estas mismas páginas). Soy el majestuoso marica del heavy metal.

Se me ocurrió el título perfecto para este libro: *Confesión*. Porque, créeme: este impúdico sacerdote ha pecado una y otra vez, ha pecado y vuelto a pecar. Pero ahora ha llegado el momento de confesar esos pecados... y quizás hasta de recibir tu absolución.

Así pues, oremos.

*Confesión* es la historia de cómo aprendí a respirar otra vez.

# 1

## **APRESÚRATE, BONITA BARCA**

**En el principio fue la urbanización de Beechdale.**

Y fue una bendición.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, el pueblo británico agradeció a Winston Churchill sus desvelos poniéndolo de patitas en la calle y votando a un gobierno laborista. De la noche a la mañana la nueva administración emprendió un importante programa socialista para construir cientos de miles de casas de protección oficial con las que compensar la escasez de vivienda durante la posguerra.

Durante el mandato de Clement Attlee como primer ministro y de Aneurin Bevan como ministro de Salud y Vivienda, brotaron por todo el país edificaciones municipales de nueva construcción llamadas a reemplazar las viviendas bombardeadas durante la contienda, dando así un hogar a las familias británicas de clase obrera. Un ejemplo característico de ese tipo de inmuebles fue el barrio de Gypsy Lane, en Walsall, que pronto sería rebautizado como Beechdale.

Situado a quince minutos a pie del centro de Walsall y a quince kilómetros al norte de Birmingham, Beechdale se edificó a principios de los años cincuenta en lo que antes era un terreno industrial baldío. Durante mis dos primeras décadas de vida fue mi crisol, el centro de mi existencia: el escenario de mis esperanzas, sueños, miedos, triunfos y reveses. Y lo más gracioso de todo es que no nací allí.

Tras casarse en marzo de 1950, mis padres, Joan y Barry Halford, se mudaron con mis abuelos maternos a Birchills, un barrio de Walsall. Como la casa de mis abuelos era pequeña, cuando mamá se quedó embarazada de mí, se fueron a vivir con su hermana, mi tía Gladys, y con su marido, Jack, a Sutton Coldfield, una localidad más cercana a Brum (que es como llamamos a Birmingham en el Black Country).

Nací el 25 de agosto de 1951. Mi nombre de pila es Robert John Arthur Halford. Arthur era un nombre corriente en el lado paterno de mi familia: era el segundo nombre de mi padre y el primero de mi abuelo. El segundo nombre de mi abuelo era Flavel... ¡y me alegro de no haberlo heredado!

Un año más tarde nació mi hermana, Sue, y a mis padres les adjudicaron una vivienda municipal en Lichfield Road, en Walsall. Poco después, en 1953, mi familia se mudó al 38 de Kelvin Road, en Beechdale.

Beechdale estaba compuesto por robustas viviendas unifamiliares adosadas. Eran casas de ladrillo, de trazado básico, como suelen ser las casas británicas de protección oficial. No obstante, como tantas construcciones de la era Bevan, dicho trazado no estaba exento de cierto idealismo. Superaban en dimensiones el mínimo estipulado por la legislación gubernamental e incluso estaban dotadas con jardines delanteros y patios traseros.

Sin duda, los miembros del consejo de Walsall habían imaginado que nuestras viviendas disfrutarían de una parcela con césped y un pequeño jardín con flores, pero eso no fue lo que ocurrió. Durante la posguerra aún había racionamiento, de modo que los vecinos de Beechdale usaban aquel terreno para plantar patatas y coles. Vamos, que al salir por la puerta uno se topaba con un huerto.

Todavía recuerdo la disposición exacta del 38 de Kelvin Road. En la planta baja estaban la sala de estar, la cocina y un pequeño estudio; arriba estaba el retrete, un pequeño cuarto de baño, la habitación de mis padres, un trastero y el dormitorio que compartíamos Sue y yo. Mi cama quedaba junto a la ventana.

Beechdale era un barrio acogedor, con verdadero espíritu comunitario. La gente estaba muy unida. Uno siempre se colaba en las casas de los demás. Algunos pensaban que era un lugar duro, pero yo no. Mamá (a quien Sue y yo llamábamos «mom», a la americana, en vez de «mum», a la inglesa, porque así era como lo pronunciábamos\*) solía decirme que evitara un puñado de calles: «Hagas lo que hagas, nunca vayas por allí».

A decir verdad, jamás vi nada peor que unas cuantas neveras viejas y oxidadas en los patios. Aquello no era un gueto como los Gorbals de Glasgow.

Como tantos hombres de clase obrera en el Black Country, mi padre trabajaba en las acerías. Empezó operando maquinaria en Helliwells, una empresa que fabricaba piezas para aviones y que tenía su base en el aeródromo de Walsall, hoy desaparecido.

Aquel empleo le venía como anillo al dedo, ya que sentía verdadera pasión por la aeronáutica. Había sido reservista de la RAF y anhelaba sumarse a la Fuerza Aérea cuando lo llamaran a filas. No obstante, lo llamó el Ejército de Tierra y pasó la Segunda Guerra Mundial en una base militar de Salisbury Plain.

Papá me contagió su querencia por los aviones. Acabamos compartiendo una idéntica pasión por el aeromodelismo y montábamos maquetas de la marca Airfix: Fortalezas Volantes, Spitfires, Hurricanes. Solía llevarme al aeródromo de Walsall para ver despegar avionetas y en un par de ocasiones nos acercamos a Londres para ver los aviones del aeropuerto de Heathrow. Aquello *sí* que era emocionante.

Después de Helliwells, mi padre trabajó en una fábrica que producía tubos de acero. Y cuando un colega decidió crear una nueva empresa llamada Tube Fabs, papá se fue con él. Pasó de la planta de producción a dedicarse a las adquisiciones y nosotros pasamos de plantar patatas en el jardín a contar con un jardín con césped y un caminito central. También

---

\* Por culpa de esto, todos los años, en el Día de la Madre, nos las veíamos y nos las deseábamos para encontrar en Walsall una tarjeta que dijera «Mom» en vez de «Mum».

compramos un coche. Aquello nos pareció algo muy especial. Se trataba de un simple Ford Prefect, nada para tirar cohetes, pero de alguna manera fue como si las cosas hubieran empezado a irnos mucho mejor. Me encantaba que me llevaran en coche y no tener que coger el autobús.

Como tantas mujeres de aquella época, mamá se quedó cuidando de Sue y de mí. Era una de esas amas de casa que lo tenían todo como los chorros del oro. Creía a pies juntillas en ese dicho que reza «En casa limpia los ángeles bailan de gusto». A cualquier hora del día o de la noche nuestro hogar parecía una casa piloto.

Nos calentábamos con carbón, y cuando Jack, uno de nuestros parientes lejanos, nos traía un gran saco de hulla, mamá aprovechaba para tomarle un poco el pelo. Desde la ventana yo le veía coger el saco del camión y, cubierto de hollín, acarrearlo por el camino de entrada, pasando por delante de la moto de mi padre, para dejarlo en la carbonera.

—Que no me entere yo que me lo pones todo perdido, Jack —le regañaba mamá.

—Oye, ¡que es carbón! —se reía él—. ¿Qué esperas, reina?

El futuro llegó al 38 de Kelvin Road en forma de calentador eléctrico. Tocaba apretarse el cinturón, así que mamá sólo nos permitía encenderlo durante quince minutos antes de bañarnos, por lo que en la tina apenas nos cubrían unos pocos centímetros de agua tibia. O se iba la luz, porque nuestros padres se habían olvidado de alimentar el contador, que funcionaba con peniques y estaba en la sala de estar.

Aquel contador estaba tan helado que mamá ponía allí a enfriar las jaleas. A veces, cuando el hombre de la compañía eléctrica venía a vaciarlo, sobraban cinco o seis peniques. Si teníamos suerte, mamá nos daba uno o dos a Sue y a mí.

Al caer el sol, el 38 de Kelvin Road era como Siberia en lo más crudo del invierno. En la cama, me hacía un ovillo bajo las mantas mientras observaba cómo se iba formando escarcha en el interior de las ventanas. El suelo era de linóleo. Para ir al baño de noche había que correr sobre aquella superficie congelada.

El cuarto de baño era diminuto: apenas había espacio y cuando uno se sentaba en el trono, como lo llamábamos nosotros, daba con las rodillas contra las paredes. Papá era un fumador empedernido, se llevaba el periódico y se pasaba horas y horas allí metido, fumando como una chimenea.

En cuanto entraba, mamá le advertía:

—¡*Oi!* ¡Acuérdate de abrir la ventana!

Pero en invierno nunca lo hacía. Y cuando salía, había que esperar cinco minutos a que se disipara el humo de los pitillos. *Y todo lo demás.*

Cada viernes, papá dejaba la paga sobre la mesa, porque era mamá quien llevaba las cuentas de la casa. Nuestra dieta era muy básica: carne con verduras, *fish and chips* de la furgoneta de reparto que recorría el barrio todos los viernes y un sabroso plato local de albóndigas con guisantes llamado *faggots and peas* (algo que les resultará asombroso a mis amigos gais del otro lado del charco, donde se acostumbra a llamar despectivamente *faggot* a los homosexuales).

Llegó el momento de ir al parvulario. El primer día, de camino a la Guardería Infantil Beechdale, estaba tan asustado que no me solté de la mano de mi madre durante todo el trayecto, mientras nos abríamos paso entre el lodo, pues parte del barrio aún estaba en construcción. La guardería quedaba a sólo dos manzanas, pero parecía estar a cientos de kilómetros de nuestra casa.

¡Aquello era el horror! Cuando llegamos al patio, mamá me abrazó, me dijo hasta luego a la manera del Black Country («*Ta-ra a bit, Rob!*»)... ¡y se largó! Yo me asusté, claro. ¡Me habían abandonado! Hice pucheros y berreé como un descosido (que es como los niños de Walsall denominan al llorar).

Mis primeros días en el aula fueron traumáticos... hasta que me pegué como una lapa a una profesora muy glamurosa que, a ojos de aquel niño de cinco años, parecía una estrella de cine. Cada mañana me aferraba a sus faldas. Si aquella señora trabajaba allí, ¡entonces la escuela estaba bien!

Aquella profesora fue una visión, un salvavidas y un ángel para mí. ¡Ojalá pudiera recordar su nombre! De hecho, no consigo recordar gran

cosa del parvulario, aparte de aquel terror inicial... y la agonía de participar en el Belén viviente.

Llegó la Navidad y me eligieron para hacer de rey mago. Todavía puedo recordar mi frase: «¡Hemos visto su estrella en Oriente!».

El problema era que todo rey que se precie debe llevar corona. La mía era de cartón y se mantenía unida por detrás con una pinza sujetapapeles que se me clavaba en la cabeza. En cuanto la profesora me puso la corona, sentí que aquella pinza empezaba a perforarme el cráneo. Intenté moverla, pero aquello pareció irritar a la maestra:

—¡Robert Halford, deja ya de jugar con la corona!

—*Seño*, ¡me hace daño! ¡Ay!

—¡Se te pasará en un santiamén!

No fue así. Durante todo el tiempo que duró nuestra versión infantil del milagro del nacimiento de Jesucristo, nuestro Señor, aquella maldita pinza se me clavó en el cráneo hasta provocarme un dolor de cabeza de tres pares.

Nunca conocí a mis abuelos maternos, ya que fallecieron cuando yo era un bebé, pero adoraba a los padres de mi padre, Arthur y Cissy, y pasé muchos fines de semana en su casa, a tres kilómetros de distancia de la nuestra. Papá me dejaba allí el viernes por la noche y me recogía de nuevo el domingo por la tarde.

Tenían una letrina exterior, así que de noche su casa era peor incluso que la nuestra. Debía mentalizarme para abrir la puerta de la cocina y adentrarme a oscuras en el patio trasero, donde se alzaba aquella pequeña caseta de ladrillo. En invierno, el retrete estaba tan helado que uno parecía quedarse pegado al asiento.

Mi abuelo no era partidario del papel higiénico.

—¡Qué necesidad hay de gastar dinero en eso! —afirmaba—. ¡Con el periódico nos basta y nos sobra! ¡Es lo que usamos durante la guerra!

De modo que allí estaba yo, con siete años, sentado a oscuras en mitad del jardín, tiritando y castañeteando los dientes, limpiándome el culo con el *Walsall Express & Star*.